

Uriarte, Juan María. *Sexo y género a debate*. Bilbao: Ediciones Mensajero, 2023, 175 pp. ISBN: 978-84-271-4886-4.

Cuando comenzaba a leer (casi a devorar) este necesario libro aconteció la noticia del fallecimiento de su autor. Desde su jubilación, el obispo Juan María Uriarte había escrito la mayoría de sus libros, siempre pegados a la actualidad social, cultural y eclesial. Este lo es también, y de qué manera. Terminando este comentario a su obra he podido leer la declaración *Dignitas Infinita*, del Dicasterio para la Doctrina de la Fe (2024), que, por mucho que hayan insistido algunos comentaristas, no versa solamente sobre la ideología de género. Ambas cosas, la muerte de Uriarte y la ponderación de su persona y su obra, y la publicación de la declaración citada tenían vocación de influir en mi última relectura del texto, pero la claridad y la pertinencia del mismo le han hecho brillar por sí solo. Y sin embargo, vuelve a dejar claras dos características que siempre han acompañado al autor: la pertinencia de sus reflexiones acerca de temas actuales y configuradores de la realidad social y cultural cotidianas, y la elegancia, delicadeza y honestidad intelectual con la que se aborda un tema difícil por complejo, excesivamente ideologizado por unos y otros (‘radioactivo’ dice él) y donde es necesario aclarar los términos antes de proceder a una interpretación razonada y emitir un juicio de valor personal que pueda ser compartido y enriquezca el debate.

No dejan de sorprender dos afirmaciones literales -rotundas, pero que parecen pronunciarse con la voz suave de quien asume no ser poseedor de la verdad sobre un delicado y complicado asunto, pero sí lo es de su libertad para analizarlo- que aparecen en las primeras y casi últimas páginas del texto y que indican su intención, que a todas luces cumple: “Con el propósito de dialogar quisiera elaborar un texto que no presuponga la fe que profeso” (p. 15) parece comenzar, para concluir diciendo, en referencia a posturas del Magisterio que considera mejorables: “Mi comunión neta y firme con la Iglesia me motiva a formularlas respetuosamente y a someterlas a su consideración con espíritu libre y fiel al mismo tiempo” (p. 145). Quien espere un texto de parte (de unos u otros en un debate polemizado que parece alimentarse a sí mismo sin demasiada carga de argumentos) se llevará una gran desilusión; también quien espere las medias tintas de una cómoda postura que busca en el justo medio no posicionarse. Acertará quien venga buscando un poco de orden descriptivo -desde lo nominal hasta la presentación de posturas y su racional justificación-, una posible explicación de cómo se ha llegado hasta aquí y una personal puesta en valor de lo aprovechable, lo desechable y de lo que exige más reflexión; acertará quien busque en el texto una aproximación ordenada

y clara de la realidad, una coherente y acrítica exposición de motivos de los principales protagonistas, una perspectiva compartida desde su pertenencia creyente y una personal valoración justificada y abierta a un debate con el autor, que desgraciadamente ya no podrá ser. Es la tarea que nos deja, tan necesaria con su propio libro.

Esta es la metodología que pretende en su exposición y que orienta toda la obra: el clásico ver, juzgar y actuar (y que nos recuerda a veces el modo de redactar de algunas cartas episcopales de las que el propio autor ha sido también protagonista), que con diferentes formulaciones responde a la misma función, se traduce en las cuatro partes claramente diferenciadas en contenido y modo de contar, precedidas por una introducción aclaratoria que insiste en que se tratará acerca del sexo y el género exclusivamente, aunque será imposible no tener en cuenta las derivaciones hacia otros temas (homosexualidad, pareja y matrimonio,...), distintos pero afectados por este debate intelectual y práctico. En estas primeras páginas de *Introducción* parece como si Uriarte dejara por escrito el guión de su propia y personal necesidad: ante un tema aparentemente aclarado hace décadas se ha abierto un debate tan apasionado y tan lleno de argumentos que derivan en conclusiones tan opuestas, es preciso aclarar de qué estamos hablando (y de qué no), qué posturas existen y cual es su origen y su argumento, cómo ordenarlo todo ello de forma didáctica, qué peso de valor científico tiene cada propuesta, cómo casarlo con una interpretación creyente con vocación de diálogo cívico sobre el asunto y qué propuestas operativas se pueden sugerir “desde el respeto de opciones diferentes” (p. 154) y con “libertad y franqueza desde nuestra propia visión” (p. 155) para la construcción de una sociedad abierta, democrática, cambiante y comprometida.

La *parte descriptiva*, que recoge los dos primeros capítulos, se centra en la gestación y transformación histórica del concepto de género, y resume en ella las principales aportaciones desde la primera y segunda fase del feminismo (sufragismo, Simone de Beauvoir, John Money,...) hasta la propuesta del movimiento *queer* (Butler, Haraway) y su progresiva radicalización al mantener no sólo la construcción cultural -con clara desigualdad hacia la mujer- del género sino incluso del sexo biológico.

Al final, la propuesta más arriesgada inclina hacia una primacía de la consciencia individual, de la propia autodefinición sin necesidad de argumento, del sentimiento de ser hombre o mujer o incluso algo distinto de las dos cosas, porque el cuerpo es un simple soporte performado. Desde mi punto de vista, esta

afirmación supone un radical ‘espiritismo’, una negación de hecho de la naturaleza humana como resultado de un proceso filogenético, más próximo al creacionismo (o al delirio incluso) que a la base misma de toda la biología científica. Con palabras más ponderadas se posiciona nuestro autor basándose en los argumentos de Connell (2009), Roudinesco (2021) y la española Confluencia Movimiento Feminista, que no puede entender que la defensa de la mujer nos haya traído hasta aquí, a un feminismo sin mujeres.

En este apartado (y en todo el texto, aunque se intuye y da por supuesta) se echa en falta una clara definición de ‘sexo’ como resultado de un proceso de sexuación de naturaleza estrictamente biológica que trae como resultado dos formas, masculina y femenina, con tantas posibilidades de estructuración como personas de un sexo y otro hay, y ‘género’ como la expresión cultural -social, cambiante, aprendida,...- vinculada al rol de conducta que suele asociarse en un momento determinado y en una sociedad concreta a las personas de uno u otro sexo. De estos dos conceptos, relacionados pero indudablemente diferentes, derivan otros como ‘sexualidad’, que es el modo que cada persona tiene de vivir el hecho de ser sexuado, perteneciente a uno de los dos sexos. Por tanto, una cosa es la ‘identidad sexual’, es decir, el sentimiento de pertenencia a uno u otro sexo, que irá desde la aceptación natural e indiscutida del propio cuerpo sexuado hasta la disforia clínicamente significativa, y otra cosa diferente es la ‘identidad de género’, que refiere el grado de adecuación mayor o menor con las formas de comportamiento asignadas como promedio a varones y mujeres. Aquí es donde parece surgir el debate, y lo hace por la falta de claridad en separar los dos conceptos y, sobre todo, por no ser capaces de definir operativamente qué llamamos género masculino y femenino, es decir, qué atributos le son propios a cada uno. ¿Vestir falda o lucir corbata, maquillarse los ojos o llevar el pelo rapado son indicaciones de género? ¿Lo son la sensibilidad, la ternura, la agresividad verbal, la vehemencia o la disposición de cuidados? ¿Un varón deja de serlo si opta por el trabajo no remunerado en el hogar, se ve cuidando de sus mayores, adorna con interés un jarrón con flores y prefiere las comedias románticas al fútbol? ¿Y la mujer lo es menos por ser amante de los partidos de rugby, odiar maquillarse, depilarse y vestir con faldas, no gustarle los niños y trabajar como mecánica de camiones? Si ridículas parecen las preguntas, quizás lo sean por la falta de definición, que queda en nada cuando se intenta concretar en algo que sea más que el propio discurso.

Esta aclaración, muy pertinente en cualquier espacio para este debate aunque se nos antoja muy cansina por evidente, ayudaría mucho, cuanto menos a saber

de qué estamos hablando cuando nos referimos a unos y otros conceptos. Sin duda, Uriarte lo sabe y escribe desde ahí, quizás desde la creencia (no sé si acertada) de que todos también lo sabemos.

Los siguientes tres capítulos conforman la *parte explicativa* y presenta magistralmente, con conocimiento, referencias bibliográficas, respeto e interés, los distintos actores sociales (con especial interés en el movimiento LGTB), avances científicos (biología, psicología), postulados filosóficos, de sentido y trasfondo vital (construccionismo, Foucault, Sartre, antropología cultural, individualismo, posmodernidad) que han determinado la trayectoria de los conceptos de sexo y género y promovido el debate. Detalla para terminar la posición más reciente del magisterio de la Iglesia católica expuesto en sus intervenciones diplomáticas, los pronunciamientos de diferentes organismos de la curia romana, las intervenciones papales recientes, los pronunciamientos episcopales y algunas reflexiones teológicas. Este capítulo quinto le servirá de argumento para presentar más adelante su valoración personal acerca de estas posturas eclesiales desde una lectura ampliada del problema a la luz no sólo del magisterio sino de otras aproximaciones que deben ponerse sobre la mesa cuando están cargadas de razón y ciencia y parecen perseguir la misma pasión por la verdad.

Presentado el problema, conocidas las posturas, descritos argumentos e historia, Uriarte se coloca ante la pregunta por la naturaleza del debate sexo/género y las implicaciones prácticas en que puede desembocar (tratamiento de la transexualidad, reciente ley *trans* española, orientaciones educativas y familiares,...) con intención de presentar y justificar su personal punto de vista. Es la *parte valorativa*, con la que emplea el mismo rigor y la misma contención que hasta ahora: qué se puede dar por irrefutable, qué nos obliga a discernir, desde qué visión de la persona acometer el juicio crítico y qué poder decir con fidelidad creativa y libertad responsable de la posición de la Iglesia. Sin duda, una concepción exclusivamente biológica y de superioridad del varón sobre la mujer es inaceptable, por absurda, del mismo modo que lo es una posición *queer*, que es la forma moderna de llamar al emotivismo desenfrenado y al individualismo libertario (por no adornarle con los emolumentos que acompañan a una postura *trans* que genera pingües y sostenidos beneficios económicos a la industria farmacológica y sanitaria y que no es un protagonista secundario de la reciente historia).

Me detengo críticamente sobre tres aspectos de esta valoración personal que hace el autor, reconociendo mi acuerdo casi total con su interpretación: (1) la reflexión -necesaria sin duda, pero que quizás contribuya a producir el ruido de

ambiente que se proponía evitar- sobre la homosexualidad y las parejas de hecho están fuera del debate principal del libro (un varón o mujer homosexual es tan varón o tan mujer -en sexo y género- como una persona heterosexual, y la opción de un matrimonio público o por una unión de hecho privada apenas tiene que ver con lo que nos ocupa); (2) a las cuatro dimensiones antropológicas de la identidad humana que propone (cuerpo, cultura, sentimiento y libertad) y que bellamente desarrolla debería unirse la de relación (con otros, con las cosas, con el contexto...); y (3) es preciso abogar en definitiva por la identidad personal para evitar cosificar la identidad de género, que es difícilmente sostenible porque las diferencias individuales superan a la igualdad del promedio. Fuera de estos matices, la postura del autor es perfectamente defendible por quienes compartimos una visión creyente y por quienes se mueven desde otras concepciones, y que se manifiesta, por ejemplo, en el consenso de diferentes investigadores y profesionales sanitarios respecto a las reticencias sobre la ley *trans*, que acertadamente se resume en las páginas 125 a 131.

Termina el libro con unas propuestas operativas, que apuntan con verdad al carácter práctico del debate, y que darán lugar, seguro, a nuevos espacios orales o escritos, de diálogo, debate y profundización. Gracias, Juan María Uriarte, por sugerirlos para que continuemos el trabajo que con tremendo acierto has llevado a cabo en este necesario libro.

Alfonso Salgado Ruiz  
*Universidad Pontificia de Salamanca*